

# Los poemas vascos de Blas de Otero

por Sabina de la Cruz

A lo largo de toda la obra poética de Blas de Otero pueden recogerse numerosas referencias a su tierra vasca, incluso poemas completos dedicados al Bilbao natal o a Orozco, la aldea de sus antepasados maternos. Pero detrás del contenido referencial de estos poemas, pronto advierte el lector otro sentido más trascendental que se hunde en las raíces afectivas de lo humano, en esa zona irracional e inconsciente donde se generan las emociones.

Esta realidad profunda, instintiva y mágica, se expresa literariamente por el símbolo, capaz de dar esa valor añadido, representación polivalente de la realidad, que es en sí misma contradictoria. Pero, además, el símbolo tiene una función colectiva, al traducir la dualidad primogenia del ser humano: la conciencia del yo frente a la *otredad*. Apoyado en la flexibilidad significativa del símbolo, el lenguaje poético transmite el impulso subjetivo del creador frente a las intimidaciones del entorno social. De este modo, la propia realización poética revela el triunfo del poeta que ha dado el salto sobre el abismo que separa el conflicto básico entre la realidad y el deseo.

En esta comprensión simbólica del lenguaje poético debe situarse el lector de los poemas vascos de Blas de Otero, evitando la tentación de tomarlos como una biografía. Nada más lejos de la personalidad de este poeta que ha tenido buen cuidado de resguardar su intimidad, incluso en un poema (1) que comienza con una declaración directa («Ahora / voy a contar la historia de mi vida»), pero cuyos versos finales contradicen cuanto se ha expresado;

*Esta es la historia de mi vida,  
dije, y tampoco era. Escribo y callo.*

Hay tres ámbitos emocionales en los cuales se centra una y otra vez el interés del poeta: el mar, la aldea, Bilbao. Y varios subtemas que los matizan. La dualidad *amor / rechazo*, al tiempo que se opone se complementa, de manera que no puede concebirse sino desde el amor la visión crítica de su ciudad. Idílica es la llamada de la aldea y poderosa la voz del mar Cantábrico, símbolo polisémico que ha actuado con tanta fuerza en los poemas oterianos. Si tenemos en cuenta la fuente de la emoción de la que surge todo lenguaje poético, les propongo un paseo por los versos que Blas de Otero dedica a la *aldea*, primer ámbito emocional de sus poemas vascos, menos estudiado que el de Bilbao y el mar. Tras la palabra, el corazón amante del poeta.

## *Lánguido valle de mi adolescencia...*

La aldea es la voz de los orígenes, personificada siempre en imágenes femeninas: la abuela Doña Pepita, la madre, los amores adolescentes. En el poema «Aldea» (2), uno de los más antiguos entre los publicados, aparece explícito el nombre y la fecha de composición (Orozco, 1940):

*La sangre -nuestros muertos- se  
/ levanta  
con el humo del pueblo silencioso  
.....  
Es nuestro ayer, nuestro dolor sin  
/ nombre,  
retornando, de nuevo, su camino.*



Blas de Otero (Segovia, febrero de 1969)

Como en los mitos de las sociedades matriarcales, es la línea materna donde encuentra el entronque con los antepasados. Nacidas en el valle de Orozco, tanto la madre como la abuela son recreadas como refugio y regazo acogedor, entre la melancólica emoción de las cosas perdidas (3):

*Lánguido valle de mi adolescencia,  
donde la luna derrama una luz  
compasiva sobre la muerte soñada  
de mis antepasados.*

Se van precisando valle y figuras de mujer que lo representan, con una relevancia especial para la abuela, acorde con el papel que cumple en la mitología vasca la *amona*, la buena madre. Ella es la encargada de conservar las tradiciones, entre ellas la lengua, su «euskera escamoteado», como reclama el poeta al recordarla («el que oía a mi abuela entre los manzanos y cerezos de la huerta») (4) identificación que lleva a sus últimas consecuencias, en un salto de amor que une tres generaciones (5):

*Mi abuela, cuando era niña  
se parecía a su nieto,  
así es la vida.*

Este valle, perdido entre la niebla de la vida, arrastra al ser recordado, «años de luz, palabras bellas». Así, en uno de los poemas últimos que escribió (6) cierra para dos adolescentes, ya perdidos en el tiempo, un rincón de hayas y nogales en la falda del Gorbea:

*Hay un rincón en Orozco  
que no lo ha pisado nadie.  
En este rincón te di  
el primer beso una tarde  
de octubre, cuando las hojas  
era de color de carne.  
Tú entrecerraste los párpados,  
arriba cantaba un ave,  
adentro tu corazón  
un poco asustado. Nadie  
ha pisado estos helechos  
esta hierba fina y suave  
como tus dedos que tiemblan  
al rozar el aire, el aire...*

Todo es juvenil y puro en esta recordada aldea: la madre joven de «saya almidonada» y «senos hermosos», la «ermita de juguete», los «días de anís y feria», los «chopos tintineantes», el «aldeano con blusa», las «rápidas laderas de pinares», el

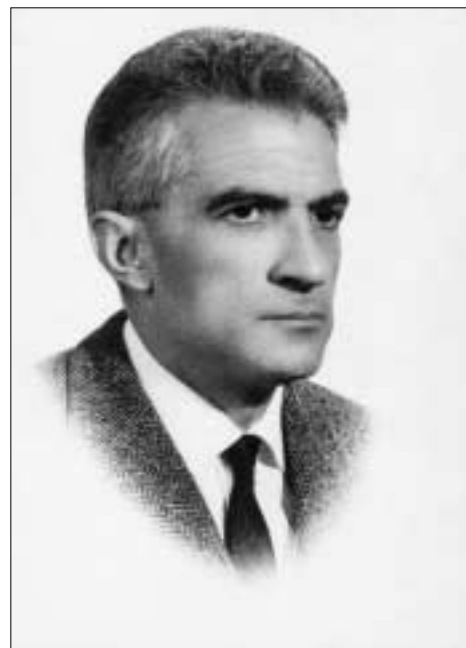
frontón y las piedras del río. La memoria atrae estas imágenes «como un agua / que rebosara los bordes / finísimos de la infancia» cuando la vida ya ha cobrado el precio de la desgracia, porque ser adulto es tropezar, resistir y emerger de nuevo, y es preciso encontrar asideros firmes para no perder pie. Este «niño horriblemente maltratado por la vida» (7), vuelve la cara hacia el seno de la hierba maternal, hacia la alegría adolescente, para poder «pensar que nadie me lastima y que estoy contento conmigo mismo, y nadie me envidia ni me dice lo contrario de lo que sienten» (8).

Las descripciones del valle, muy precisas (como una cámara cinematográfica que recorriera primero en panorámica y se acercara después en primeros planos), se consiguen con una meticulosa selección de adjetivos antepuesta que cargan de emoción la imagen propuesta. La originalidad de algunas descripciones en movimiento («las rápidas laderas de pinares») desvelan el alma del paisaje, la intimidad vivida en el tiempo feliz. Así, en el poema «Orozco»

*los verdes helechos,  
la hirusta zarzamora,  
el grave roble, los castaños  
de fruncida sombra,  
las rápidas laderas de pinares.*

La ladera familiar de Santa Marina, se humaniza como una doncella «ladeándose violeta», entre «líricos atardeceres amarillos» y el «alba rosa y el grosella ocaso», con la huella ramoniana de los colores intermedios, que aparece con mucha frecuencia en los poemas del valle. El poeta confiesa en la prosa «Como de mirada, como de reproche» que fue allí, en Orozco, donde leyó, siendo muy joven, *Pastorales* de Juan Ramón Jiménez (9).

Nostalgia de un tiempo ¿feliz? Habrá que volver a las observaciones previas respecto a la ambigüedad del lenguaje poético. El poeta ensueña en la aldea vasca una infancia feliz y es suficiente para el poema, aunque no para la biografía. Los espacios perdidos pueden ser recreaciones o creaciones, y estas necesarias para restituir los viejos mitos del *locus aemenuis*, y de la infancia dichosa. Porque aún existen los espacios como una victoria sobre el tiempo (10):



Blas de Otero, 1963

*Un campo de lejanías, y cimas,  
y manzanas, y cerezos, y cercas, y le-  
janías, un campo de senderos bajo  
la lluvia.*

## NOTAS

(1) «Biotz-begietan», de *Pido la paz y la palabra*, PPP. Desde ahora, junto al título del poema, irán las siglas del libro al que pertenezca. Téngase en cuenta que varios de los poemas que se citan son inéditos, e irán señalados con la abreviatura *Inéd.*

(2) *Aldea* pertenece a AFH, pero allí aparece bajo el título «Los muertos», que el poeta convierte en «Aldea» en *Ancia*, con lo que rompe la ambigüedad a que a veces a inducido a error a algunos críticos, considerando estos «muertos» como víctimas de la guerra civil de 1936.

(3) «El valle», HFV.

(4) «Euskera egin dezagun», *inéd.* Nacido en Bilbao, Blas de Otero no era euskaldún, aunque por los años sesenta se interesó mucho por la lengua vasca, interés propiciado por su amistad con el poeta Gabriel Aresti.

(5) «Doña Pepita», *inéd.*

(6) «Nadie», publicado en *Poemas de amor*, en *Poesía escogida* y en *Mediobiografía*.

(7) «¿Yo entre álamos y ríos?», QTE.

(8) Las citas proceden de «Orozco», PPP, y de los poemas inéditos «Ramas de niebla» y «María Josefa». La prosa «Vivir para ver» de HFV.

(9) Las citas del inédito «Ramas de niebla» y del soneto «El huerto», TMS.

(10) «Hacia el valle», *inéd.*

